

La caja de música



PIZCA DE SAL

1.ª edición: febrero 2023

© Del texto: Ana Alonso, 2023

© De las ilustraciones: Beatriz Castro, 2023

© De las fotografías del dossier: iStock / Getty Images (Armatión74, blyjak, Elena Merkulova, evgenyatamanenko, goo.gl/73nyq6, Hibrida13, nadia_bormotova, Nuthawut Somsuk, PCH-Vector, picture, Ponomariova_Maria, Ridofranz, Tetiana Garkusha)

© Grupo Anaya, S. A., 2023

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.pizcadesal.es

Diseño:

Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-143-3539-0

Depósito legal: M-353-2023

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

La caja de música

Ilustraciones
de Beatriz Castro



ANAYA

*Este libro está dedicado a todos los chicos y chicas
de la promoción de 6.º de primaria 2021/22
del Colegio Manuel Fernández Juncos, de Ribadesella,
y a su profesor, Jaime Santos,
cuya autenticidad ha inspirado esta ficción.
Sin su sinceridad, talento y generosidad
no existirían los personajes de esta historia.*

que se parece a la tierra del monte y rocas negras pulidas por las olas sobresaliendo aquí y allá.

Justo encima de una de esas piedras estaba aquella cosa diminuta y brillante de color rojo. No podía dejar de mirarla. ¿Qué era? Desde la altura de la ventana, no la distinguía con claridad. ¿Sería un objeto arrastrado por el mar que las olas habían depositado en la arena? Pero aquel rojo brillaba demasiado, no parecía desgastado por el agua. Podía ser un juguete. A alguien se le habría olvidado...

—Carmen, deja de mirar por la ventana o te cambio de sitio —dijo el profesor—. No estás atendiendo.

—Es que hay una cosa roja en la playa. En una roca —expliqué.

—Es verdad, ¡yo también la he visto! —dijo Erik, que estaba sentado justo detrás de mí.

En el asiento de delante, Uma pegó la nariz al cristal.

—¡Sí, es verdad! —exclamó—. Yo creo que es un estuche de gafas.

—¿Bajo a buscarlo, profe? —propuso Javier—. Si son las gafas de alguien, es mejor recogerlas antes de que se pierdan...

—¿Y por qué vas a bajar tú? —preguntó Hugo—. Yo también quiero bajar.

—No es un estuche de gafas —opinó Moraima, que se había levantado de su pupitre para asomarse a mirar—. Es un joyero.

—¡Un joyero! —repitió Nuria.

Aquella palabra aumentó la agitación del grupo. Para entonces, ya no quedaba casi nadie sentado en su sitio. La mayoría se habían levantado y estaban mirando por uno de los cuatro ventanales de la clase.

—Profe, ¿puedo ir yo a cogerlo? —preguntó Vega.

El profe Jaime suspiró.

—Bueno, vamos a hacer una cosa. Ya sabéis que este año el eje temático del curso es el mar, y una de las actividades que tengo en mi programación consiste en hacer un herbario de algas. No lo tenía previsto para hoy, pero ya que tenéis tanto interés en bajar a la playa... Coged cada uno un par de cartulinas de la mesa de trabajo, y también un pincel. Os explicaré cómo recoger las algas y extenderlas y prensarlas sin que se deformen.

—¿Vamos a bajar ahora mismo? —pregunté.

—Ahora mismo —confirmó Jaime—. Eso sí, no quiero que nadie se moje los pies en las olas. Nadie empuja a nadie ni lo tira a la arena y menos al agua, ni siquiera de broma. ¿Queda claro? Si no os comprometéis, no bajamos.

Todos prometimos cumplir las normas. ¡Estábamos deseando bajar!

—Y nada de correr por las escaleras —añadió el profesor cuando empezaron a salir los primeros—. Juan, que te dejas las cartulinas... Xulia, tú tampoco las has cogido. Bajamos tranquilamente. La cosa roja no la toquéis hasta que llegue yo.

El corazón me latía a toda velocidad mientras descendíamos por las escaleras. Me costó mucho trabajo refrenar los pies para no bajar los peldaños de dos en dos. Nayi bajaba a mi lado, y Uma venía detrás.

—¿Será un joyero? —preguntó Nayi—. Yo quiero abrirlo.

—Todos queremos —le contesté—. Pero ha dicho Jaime que le esperemos.

—No creo que sea un joyero. Será un trozo de botella rota —opinó Uma.

Abajo, el conserje nos preguntó adónde íbamos y todos nos pusimos a dar explicaciones a la vez, con lo cual el pobre hombre no se enteró de nada hasta que llegó Jaime y le habló del herbario de algas. El conserje le prestó la llave de la puerta trasera del patio, que da directamente a los escalones de la playa.

—Cuidado al bajar —nos recordó Jaime—. Mirad bien dónde ponéis los pies.

Los escalones, tallados en la roca, son muy desiguales y algunos resultan bastante resbaladizos, así que era buena idea hacer caso a Jaime. Me concentré en mirar al suelo y asegurar bien cada pisada. Cuando llegué abajo, la mayoría de mis compañeros me habían adelantado y formaban corro alrededor de la cosa roja que había en la roca.

Abrieron paso cuando se acercó el profesor, que venía justo detrás de mí.

—¡Es una caja, profe! —dijo Erik.